



Educación emocional en la atención a la diversidad y la convivencia escolar

Emotional education in addressing diversity and school coexistence

 Mendoza Vera, Luis Rodolfo¹
<https://orcid.org/0009-0005-3613-2835>
luisr.mendozav@educacion.gob.ec
Unidad Educativa Vivian Luzuriaga
Vásquez
Ecuador

 Quishpe Farinango, Sandra Katherine²
<https://orcid.org/0009-0008-9071-2162>
katherineq_15@hotmail.com
Universidad Central del Ecuador
Ecuador

 Simbaña Tupiza, Lola Piedad³
<https://orcid.org/0009-0004-8489-0692>
lola.simbana@educacion.gob.ec
Unidad Educativa Fray Jodoco Ricke
Ecuador

 Vásquez Hidalgo, Gloria del Rocío⁴
<https://orcid.org/0009-0000-6798-5471>
gloria.vasquezh@educacion.gob.ec
Escuela de Educación Básica Oswaldo
Guayasamín
Ecuador

 Villaprado Castro, Katerin Paola⁵
kattyvillaprado_m@hotmail.com
<https://orcid.org/0009-0009-1566-2991>
Universidad Central del Ecuador
Ecuador

¹Autor de correspondencia.

Recibido: 2025-01-27 / **Aceptado:** 2025-02-26 / **Publicado:** 2025-04-30

Forma sugerida de citar: Mendoza Vera, L. R., Quishpe Farinango, S. K., Simbaña Tupiza, L. P., Vásquez Hidalgo, G. del R., & Villaprado Castro, K. P. (2025). Educación emocional en la atención a la diversidad y la convivencia escolar. *Revista Científica Multidisciplinaria Ogma*, 4(1), 143-155. <https://doi.org/10.69516/m9f8jh22>

Resumen:

La convivencia escolar en contextos multiculturales enfrenta desafíos persistentes debido a enfoques pedagógicos centrados únicamente en el rendimiento académico, desatendiendo el desarrollo socioemocional del alumnado. Este ensayo analiza cómo la integración de la educación emocional puede favorecer la atención a la diversidad y fortalecer la convivencia escolar. A partir del programa PIECE y otras experiencias internacionales, se examina el rol de las habilidades emocionales en la construcción de aulas inclusivas. Se parte del reconocimiento de que la diversidad, lejos de ser una dificultad, constituye una oportunidad pedagógica, siempre que existan políticas y prácticas que valoren las diferencias y prioricen el bienestar colectivo. El desarrollo del estudio vincula aportes teóricos de la neurociencia, la pedagogía crítica y la educación intercultural, enfatizando la necesidad de formar docentes emocionalmente competentes. Además, se identifican barreras estructurales y culturales que dificultan la implementación de estrategias efectivas, tales como la falta de formación, recursos insuficientes y marcos institucionales punitivos. Se concluye que la educación emocional, integrada de forma transversal en la formación docente, el currículo y las políticas escolares, es esencial para promover climas escolares positivos, fomentar relaciones basadas en la empatía y prevenir dinámicas de exclusión. El fortalecimiento de la corresponsabilidad entre docentes, familias e instituciones se plantea como condición clave para lograr una transformación educativa integral y sostenible, orientada a la inclusión y la equidad.

Palabras clave: Diversidad, Convivencia escolar, Inclusión, Inteligencia emocional, Formación docente.

Abstract:

School coexistence in multicultural contexts faces persistent challenges due to pedagogical approaches focused solely on academic performance, neglecting the socioemotional development of students. This essay analyzes how the integration of emotional education can favor attention to diversity and strengthen school coexistence. Based on the PIECE program and other international experiences, it examines the role of emotional skills in the construction of inclusive classrooms. It is based on the recognition that diversity, far from being a difficulty, constitutes a pedagogical opportunity, as long as there are policies and practices that value differences and prioritize collective well-being. The development of the study links theoretical contributions from neuroscience, critical pedagogy and intercultural education, emphasizing the need to train emotionally competent teachers. In addition, structural and cultural barriers are identified that hinder the implementation of effective strategies, such as lack of training, insufficient resources and punitive institutional frameworks. It is concluded that emotional education, integrated transversally in teacher training, curriculum and school policies, is essential to promote positive school climates, foster relationships based on empathy and prevent exclusion dynamics. The strengthening of co-responsibility among teachers, families and institutions is a key condition for achieving a comprehensive and sustainable educational transformation, oriented towards inclusion and equity.

Keywords: Diversity, School coexistence, Inclusion, Emotional intelligence, Teacher training.





1. INTRODUCCIÓN

La educación emocional emerge como eje fundamental para gestionar la diversidad cultural en las aulas, promoviendo climas inclusivos donde la empatía y el autocontrol actúan como amortiguadores de conflictos. Investigaciones recientes subrayan que la integración sistemática de competencias socioafectivas en el currículo no solo mejora la convivencia, sino que fortalece la resiliencia estudiantil frente a entornos complejos (PIECE [Programa De Inteligencia Emocional Para La Convivencia Escolar], 2008; Ministerio de Educación de Ecuador, 2020). Programas como el PICEE evidencian que el entrenamiento en regulación emocional reduce conductas disruptivas y fomenta valores democráticos, aunque su impacto depende de políticas públicas que prioricen la formación docente y la participación comunitaria.

En entornos multiculturales, la educación emocional actúa como un puente para comprender necesidades individuales y fortalecer la cohesión grupal. Según estudios recientes, este enfoque permite profundizar en el conocimiento de sí mismo mediante la autorregulación y la empatía (Ministerio de Educación de Ecuador, 2020), un principio esencial para construir relaciones basadas en el respeto a la diversidad. Investigaciones como las de (Bracho, 2021) confirman que la motivación y la toma de decisiones en el aula están directamente vinculadas a la gestión emocional, lo cual impacta tanto en el rendimiento académico como en la calidad de las interacciones sociales. La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, 2023) añade que la integración explícita de habilidades socioemocionales en el currículo escolar fomenta entornos inclusivos donde la diversidad se convierte en un activo pedagógico.

Desde la neurociencia, se explica cómo la cooperación activa circuitos cerebrales asociados a la recompensa, liberando dopamina y oxitocina, neurotransmisores que generan bienestar y motivación (Bracho, 2021). Por el contrario, ambientes tóxicos o con estrés crónico activan la amígdala, desencadenando respuestas defensivas como irritabilidad o aislamiento (Armstrong & Sandoval, 2023). Esto subraya la urgencia de formar docentes emocionalmente competentes, capaces de modelar conductas prosociales y gestionar conflictos con asertividad. Los educadores con alta inteligencia emocional transforman tensiones en oportunidades pedagógicas, especialmente al trabajar con alumnos disruptivos o padres resistentes.

La madurez emocional en los docentes no solo preserva su salud mental, sino que también optimiza el clima escolar. Programas que incorporan a las familias, como los descritos en de Flores (2024), demuestran que la corresponsabilidad entre padres y educadores es vital para sostener prácticas inclusivas. Además, la educación socioemocional, según el Ministerio de Educación (2024), se requiere un llamado a la corresponsabilidad de las familias y docentes, enfatizando que la formación emocional debe ser transversal y comunitaria.

La relación entre diversidad y emociones adquiere mayor complejidad al considerar factores como los “anti valores peyorativos familiares” que perpetúan exclusión (Vílchez et al., 2023). Frente a esto, una educación emocionalmente positiva inculca la capacidad de expresar verazmente opiniones y escuchar las de los demás lo que facilita la comunicación efectiva en aulas heterogéneas. Esto se alinea con el concepto de “accesibilidad emocional” propuesto por





Villaescusa (2022), quien afirma que una escuela inclusiva debe ser un espacio donde nadie puede abusar de otra persona, siendo respetadas las opiniones.

Por otro lado, la neurociencia aporta evidencia sobre cómo la colaboración estimula la creatividad docente mediante la activación de redes neuronales asociadas a la confianza (Bracho, 2021). En contraste, entornos laborales disfuncionales no solo afectan el bienestar de los educadores, sino que limitan su capacidad para implementar estrategias pedagógicas innovadoras. Como advierte Flores (2024) en la elaboración de programas estructurados en dimensiones como el “autocontrol de la ira” o el “desarrollo de competencias empáticas” son indispensables para romper ciclos de violencia escolar.

Para comprender mejor la relevancia de la educación emocional en la atención a la diversidad, es necesario abordar también los fundamentos neurocientíficos que explican cómo las emociones influyen en el aprendizaje y en las relaciones sociales. Este enfoque integral, que vincula neurociencia, psicología y pedagogía, posiciona a la educación emocional como un pilar para construir comunidades educativas donde la diversidad sea catalizadora de aprendizaje colectivo. La neurociencia ha demostrado que las emociones participan activamente en los procesos cognitivos, afectando la memoria, la atención, la toma de decisiones y la empatía (Bracho, 2021). Cuando los estudiantes experimentan emociones positivas, se activan redes neuronales asociadas a la confianza y la motivación, lo que facilita la adquisición de conocimientos y habilidades sociales.

En contraste, ambientes escolares caracterizados por el estrés, la ansiedad o la inseguridad pueden provocar la activación de respuestas neurobiológicas de amenaza, que limitan la capacidad de aprendizaje y fomentan conductas disruptivas. Por ello, diseñar estrategias pedagógicas que fomenten la regulación emocional y el bienestar socioemocional es fundamental para atender eficazmente la diversidad, promoviendo la inclusión y la participación activa de todos los alumnos. En este sentido, se plantea como objetivo analizar el impacto de la educación emocional en la atención a la diversidad y la mejora de la convivencia escolar en contextos multiculturales, destacando la importancia de su integración en la formación docente y en las políticas educativas inclusivas.

2. DESARROLLO

La idea y puesta en práctica de la educación emocional en las escuelas ha ido evolucionando con el tiempo, respondiendo a la necesidad de que los niños y jóvenes no solo adquieran conocimientos académicos, sino también habilidades socioemocionales esenciales para llevar una vida social armónica y sentirse bien consigo mismos. Sus orígenes están en teorías psicológicas y pedagógicas que destacan la importancia de las emociones en el crecimiento completo de las personas (UNESCO, 2023). Estas habilidades, conocidas también como habilidades socioemocionales, incluyen la empatía, la autorregulación, la conciencia emocional y la resiliencia, que permiten a los estudiantes gestionar eficazmente sus sentimientos y relaciones interpersonales, contribuyendo a una cultura escolar más inclusiva.

A principios del siglo XX, pensadores como Edward Thorndike y John Dewey resaltaron que las experiencias afectivas tenían un papel importante en la educación, aunque todavía





predominaba la idea de que el aprendizaje debía centrarse principalmente en lo cognitivo. No fue hasta los años 90, cuando Daniel Goleman popularizó el concepto de inteligencia emocional, que empezó a tomarse en serio esta idea. La inteligencia emocional, según Goleman, consiste en la capacidad de gestionar nuestras emociones y entender las de los demás, y se vio que se podía mejorar mediante ciertos métodos en la enseñanza, permitiendo que se incorporara en los programas escolares. Esto llevó a que en muchos países se empezaran a crear enfoques educativos para enseñar habilidades emocionales, como la regulación de emociones, la empatía y la competencia emocional (Bisquerra, 2005).

La UNESCO, desde principios de los 2000, ha promovido la inclusión de programas de educación emocional para fomentar valores como la paz, la tolerancia y la buena convivencia en comunidades diversas. Diversos estudios han demostrado que este tipo de educación ayuda a reducir conductas violentas y a mejorar las relaciones en el aula, favoreciendo ambientes más respetuosos y colaborativos (Villaescusa, 2022). En América Latina, en los últimos años, algunos países han comenzado a integrar oficialmente estas ideas en sus políticas educativas, reconociendo que la escuela es un espacio clave para formar personas de manera integral. Sin embargo, todavía hay obstáculos, como la resistencia cultural, la falta de capacitación entre los maestros y pocos recursos disponibles.

La historia de la educación emocional refleja un cambio importante en la forma en que entendemos la enseñanza, poniendo énfasis en desarrollar habilidades sociales y emocionales para lograr una convivencia pacífica y equitativa en las escuelas de hoy en día. La educación emocional como base para que exista una verdadera inclusión va más allá de simplemente reconocer la diversidad en las aulas, requiere estrategias que innoven y adapten el proceso académico, social y emocional tanto para los estudiantes como para los docentes. Como mencionan Vílchez, et al. (2023), la educación emocional ayuda a que las personas puedan expresar sus opiniones con sinceridad y también escuchar a los demás sin juzgar. Por eso, programas como el PIECE son tan útiles para el desarrollo de habilidades sociales asertivas y maduras.

El modelo PIECE busca desarrollar habilidades emocionales y sociales en los estudiantes, con el fin de mejorar la convivencia escolar y reducir conflictos. Además, está alineado con el Plan de Acción 2030 de España, que busca promover valores como la dignidad humana, la igualdad y la participación a través de competencias socioemocionales, aunque el PIECE nació como una propuesta específica, comparte principios con otros programas internacionales de educación socioemocional que ya han demostrado ser efectivos en lugares con diversidad cultural. Por ejemplo, iniciativas como Cloud9world, en Estados Unidos y ahora presentes en 25 países, o el programa INTEMO en España, están centrados en gestionar emociones de manera proactiva y resolver conflictos de forma colaborativa, adaptándose a las realidades migratorias y culturales (Valdespino & Montenegro, 2020).

Esto demuestra que el modelo del PIECE, al enfatizar la importancia de reconocer la diversidad como un valor ético, está en sintonía con las tendencias educativas internacionales que vinculan la inteligencia emocional con la inclusión. El éxito de este tipo de programas también depende, en gran medida, de las competencias emocionales de los docentes, ya que son ellos





quienes facilitan las actividades prácticas. Para implementarlas adecuadamente como, por ejemplo, el uso del juego de roles para el manejo de la ira, los educadores deben estar emocionalmente preparados para gestionar las emociones y conductas tanto propias como de sus estudiantes. Según Bisquerra (2005), el desarrollo de la competencia emocional docente es esencial para promover un clima de aula positivo y prevenir dinámicas de exclusión. Asimismo, Brackett et al. (2012) sostienen que cuando los docentes tienen una alta capacidad de autorregulación emocional y emplean la escucha activa, se favorece la convivencia y se construyen aulas resilientes e inclusivas. Por ello, la formación emocional del profesorado es un elemento clave para que iniciativas como el PIECE se consoliden y logren generar espacios en los que todos los estudiantes se sientan protagonistas de su propio aprendizaje y desarrollo.

El éxito del modelo PIECE como una herramienta para transformar la educación radica en su capacidad para unir neurociencia, pedagogía y gestión emocional de los docentes. Cuando los profesores, formados en habilidades socioemocionales, llevan a cabo actividades como el role-playing para aprender a manejar la ira. Es fundamental crear espacios donde el trabajo en equipo ayuda a liberar dopamina, lo que aumenta la motivación y el bienestar, al mismo tiempo, evitan que se active la amígdala, relacionada con ambientes tóxicos y pocos saludables para el desarrollo de habilidades blandas, el aprendizaje de los alumnos y las estrategias de enseñanza de los docentes.

Esta conexión entre nuestra biología neurocerebral y la forma en que enseñamos explica por qué países como Chile, España y Estados Unidos están invirtiendo en formar docentes en inteligencia emocional. Solo quienes saben gestionar sus emociones pueden transmitir empatía y convertir los conflictos en oportunidades para aprender, siguiendo las políticas curriculares actuales (Ministerio de Educación, 2024). Por eso, que el PIECE funcione bien no depende solo de su diseño, sino también de que los docentes vivan realmente sus principios, logrando que las aulas sean espacios donde la diversidad emocional y cultural sirva como motor para crecer junto con resiliencia. La falta de habilidades socioemocionales e interculturales en los docentes es un factor clave en la escalada de conflictos en aulas diversas. Investigaciones recientes muestran que los docentes sin formación en gestión emocional o mediación intercultural tienden a recurrir con frecuencia a métodos autoritarios, como castigos, gritos o sanciones unilaterales, lo que agrava las tensiones en contextos multiculturales (Armstrong & Sandoval, 2023).

Por otro lado, el marco teórico que sustenta la educación emocional en el contexto de la atención a la diversidad también se apoya en los enfoques de pedagogía crítica y educación intercultural. Estos enfoques reconocen que la escolaridad debe ser un espacio donde se valoren y respeten las diferencias culturales, lingüísticas, sociales y espirituales de todos los estudiantes. La inclusión de la dimensión emocional en estos enfoques permite no solo desarrollar competencias académicas, sino también promover un ambiente donde las diferencias sean vistas como una fortaleza y la diversidad, como un recurso enriquecedor. La teoría intercultural, en particular, destaca la importancia de preparar a docentes y estudiantes para interactuar respetuosamente en contextos multiculturales, promoviendo la empatía y la comprensión mutua. Es en este marco que la educación emocional se vuelve esencial para transformar las relaciones en las aulas y garantizar una convivencia respetuosa y equitativa.





Esta situación empeora cuando las metodologías pedagógicas priorizan solo los resultados académicos, generando ambientes de competencia poco saludable, donde las comparaciones en notas y la estandarización de aprendizajes terminan invisibilizando las necesidades reales de los niños y jóvenes. Además, hay una brecha significativa entre lo que ocurre en la escuela y la vida familiar: estudiantes provenientes de entornos disfuncionales o con poco apoyo emocional en casa tienden a repetir conductas disruptivas, perpetuando ciclos de exclusión (Salazar, 2023). Los docentes que no tienen entrenamiento en inteligencia emocional suelen ver la diversidad como una amenaza al control del aula y optan por estrategias punitivas.

Estudios como los de Salazar (2023), demuestran que esta actitud solo aumenta la resistencia de los estudiantes y limita el desarrollo de habilidades sociales y respetuosas. En contraste, programas como el PIECE o iniciativas como *Hand in Hand* fomentan el diálogo restaurativo, en el que estudiantes y profesores trabajan juntos para crear normas de convivencia a través de consensos. La presión de las instituciones por cumplir con estándares académicos lleva a muchos docentes a descuidar los procesos emocionales que están en la base del aprendizaje. Como señala Bracho (2021) las aulas centradas únicamente en el rendimiento generan estrés crónico, que activa la amígdala y bloquea funciones cognitivas superiores. Esto explica por qué los estudiantes en entornos muy competitivos tienden a presentar más ansiedad y conductas disruptivas. La sobrecarga de responsabilidades educativas en las familias, muchas veces por estar desbordadas o atravesar conflictos, profundiza las desigualdades.

Los estudiantes que carecen de figuras de apego seguro en casa suelen tener baja tolerancia a la frustración, y expresan su malestar con agresiones verbales o físicas. Programas que incluyen talleres para padres, como los que se describen en el Repositorio UPSE de Flores (2024), muestran que la co-responsabilidad en la educación ayuda a reducir estas conductas. Los docentes que no cuentan con formación intercultural pueden, sin querer, perpetuar microagresiones diarias, como burlas por el acento o ignorar tradiciones, que normalizan la exclusión.

La gestión de la diversidad y la convivencia en el aula requiere un enfoque sistémico que vincule políticas institucionales, prácticas pedagógicas y desarrollo emocional. En primer lugar, la corresponsabilidad entre escuela y familia emerge como un factor determinante: programas como los descritos en la investigación de Flores (2024) evidencian que talleres para padres fortalecen habilidades parentales, lo que reduce conductas disruptivas en estudiantes con baja tolerancia a la frustración. Sin embargo, esta estrategia pierde eficacia si los docentes carecen de formación intercultural, perpetuando microagresiones que erosionan la inclusión. Como señala (Moral et al., 2020), burlas por acento o la invisibilización de tradiciones minoritarias generan exclusión simbólica, un fenómeno que solo se revierte mediante capacitación docente en pedagogía crítica intercultural.

Este panorama resalta que, para gestionar de manera efectiva la diversidad y la convivencia en el aula, las políticas institucionales deben centrarse tanto en la formación de los docentes como en fortalecer los vínculos con las familias. Es fundamental potenciar las habilidades parentales, apoyándose en una capacitación en pedagogía crítica intercultural que prepare a los docentes para enfrentar las microagresiones y crear entornos más inclusivos (Moral





et al., 2020). Por ello, la responsabilidad de la gestión educativa es diseñar e integrar políticas que aborden estos aspectos, asegurando un enfoque integral que promueva la inclusión efectiva mediante la capacitación docente, el compromiso de las familias y prácticas coherentes en las actividades pedagógicas y en las normativas del país.

Además de capacitar a los docentes y fortalecer la participación de los padres, las instituciones deben adoptar una visión estratégica que dé prioridad a la salud mental y al bienestar socioemocional como pilares esenciales de la educación. Implementar políticas que fomenten ambientes escolares emocionalmente sanos requiere recursos adecuados, formación continua y un marco normativo que apoye prácticas inclusivas y preventivas. Como señala (Bracho, 2021), enfocarse solo en el rendimiento académico crea ambientes competitivos que incrementan la ansiedad y el estrés en los estudiantes, perjudicando su desarrollo integral y sus resultados. Por eso, programas como PIECE y Hand in Hand, que promueven la mediación y la resolución pacífica de conflictos, deben formar parte de una política educativa que integre de manera transversal el bienestar emocional, logrando una convivencia más armoniosa y aprendizajes más significativos.

Por otro lado, institucionalizar estas políticas requiere una coordinación entre diferentes instituciones y actores sociales, como organizaciones comunitarias y el sector salud. La incorporación de formación en inteligencia emocional e interculturalidad en el currículo, junto con sistemas de evaluación continua, ayuda a establecer metas claras y medibles que muestren avances en la convivencia escolar y en la salud mental de toda la comunidad educativa. Como indica el Ministerio de Educación de Chile (2021), invertir en presupuestos específicos y en monitoreo constante es clave para que estas políticas sean efectivas, promoviendo un cambio de paradigma que pase de un modelo punitivo a uno formativo, centrado en el desarrollo integral de los estudiantes.

Por último, la gestión educativa enfrenta el reto de balancear los estándares académicos con el bienestar socioemocional. Cuando se privilegian modelos de evaluación rígidos, como muestran estudios de (Bracho, 2021), el estrés crónico activa respuestas neurobiológicas de defensa en los estudiantes que bloquean su aprendizaje. En cambio, el diálogo restaurativo y la creación conjunta de normas para convivir fomentan la empatía y reducen conflictos. Esto evidencia que las políticas públicas deben ir más allá de las palabras: la incorporación de la inteligencia emocional en el currículo, como en Chile y Ecuador, requiere presupuestos específicos y evaluación constante de los resultados.

En cuanto a los enfoques curriculares, modelos homogeneizadores no solo marginan a estudiantes con necesidades diversas, sino que ignoran el potencial pedagógico de la diversidad. Frente a esto, el Diseño Universal para el Aprendizaje (DUA) propone adaptaciones flexibles que respetan estilos cognitivos y bagajes culturales, un principio respaldado por la neurociencia al vincular la motivación con la liberación de dopamina. No obstante, su implementación requiere docentes capacitados en diferenciación pedagógica y herramientas tecnológicas accesibles, dos áreas donde persisten brechas en contextos rurales y marginales.





En el plano institucional, el clima escolar se construye mediante prácticas concretas. Por ejemplo, escuelas que incluyen a estudiantes en la creación de normas de convivencia reportan menores índices de acoso, ya que fomentan un sentido de pertenencia colectiva (Salazar, 2023). Este hallazgo se alinea con investigaciones que destacan la inteligencia emocional como predictor de convivencia: estudiantes que gestionan adecuadamente el estrés muestran mayor capacidad para resolver conflictos de manera pacífica (Cacñahuaray & Matalinares, 2025). Sin embargo, como advierte (Armstrong & Sandoval, 2023), sin políticas que prioricen la salud mental docente, incluso las mejores estrategias pierden eficacia, pues educadores con burnout reproducen dinámicas autoritarias.

Para avanzar hacia aulas verdaderamente inclusivas, es necesario un cambio de paradigma administrativo. En primer lugar, la formación docente debe integrar competencias duales: gestión emocional (autoconciencia, regulación del estrés) e interculturalidad crítica (deconstrucción de estereotipos, pedagogía antirracista). En segundo lugar, las políticas de evaluación deben reemplazar indicadores punitivos por sistemas formativos que valoren la metacognición y la colaboración. Finalmente, la participación comunitaria debe institucionalizarse mediante mesas de trabajo que incluyan a familias, estudiantes y líderes locales en la toma de decisiones.

Tabla 1.
Políticas públicas que integran inteligencia emocional

Encabezado	
Política Nacional de Convivencia Escolar (Ecuador)	Prevención de la violencia: Mediante protocolos contra el acoso y discriminación, con énfasis en la erradicación de sesgos de género.
	Enfoque formativo: Prioriza el aprendizaje de habilidades socioemocionales (empatía, autorregulación) sobre medidas punitivas.
	Participación comunitaria: Involucra a familias y estudiantes en la construcción de acuerdos de convivencia, reconociendo que la diversidad cultural requiere soluciones colectivas.
Plan de Gestión de la Convivencia Escolar (Chile)	Inclusión como eje transversal: Obliga a las instituciones a garantizar acceso equitativo a estudiantes en situación de vulnerabilidad.
Políticas europeas y el programa INTEMO	Inteligencia emocional en el currículo: Incluye talleres obligatorios sobre gestión de emociones y resolución pacífica de conflictos
	- Aunque no se menciona explícitamente en las fuentes, el contexto previo alude a modelos como INTEMO (España), que entrenan a docentes en habilidades socioemocionales mediante técnicas como role-playing y mindfulness. Estas iniciativas se alinean con el Plan de Acción 2030 de la





UNESCO, que promueve la educación emocional como herramienta para la paz.

Nota. El número de columnas dependerá del autor, no obstante, se solicita que la tabla no se extienda más allá de los márgenes. Solo añadir líneas horizontales.

Las políticas públicas que fomentan la inteligencia emocional, como el Plan de Convivencia Escolar de Chile (2021), la Política Nacional de Ecuador (2024) y las aplicaciones del PIECE y Hand in Hand en Europa, muestran claramente cómo un nuevo enfoque en la gestión educativa genera nuevas acciones concretas. Estas políticas, que incluyen formación docente en gestión emocional e interculturalidad crítica, y sistemas de evaluación que fomentan el aprendizaje colaborativo, demuestran que cambiar indicadores punitivos por metodologías que consideren la metacognición puede mejorar la inclusión en las aulas. Sin embargo, lograr ese cambio no es fácil; enfrentamos barreras sistémicas como la resistencia al cambio en las comunidades educativas tradicionales o las limitaciones estructurales de las instituciones, aspectos que influyen en contextos multiculturalidad de manera compleja.

La resistencia en las comunidades educativas, especialmente entre los maestros con formación tradicional, puede ser un obstáculo para poner en marcha estrategias que promuevan la inteligencia emocional para gestionar la diversidad. Como indican estudios de (Bracho, 2021) y (Armstrong y Sandoval, 2023), muchos docentes que no están preparados en temas de regulación emocional tienden a usar métodos autoritarios, lo que solo empeora los conflictos en aulas con diferentes culturas y necesidades, esta resistencia aumenta cuando las instituciones enfocan más en los resultados académicos que en el aspecto socioemocional.

Por otro lado, las limitaciones en las instalaciones físicas de las escuelas como aulas demasiado llenas, falta de espacios para conversar o recursos tecnológicos insuficientes, dificultan la aplicación de metodologías que priorizan la inteligencia emocional. Según Cacñahuaray y Matalinares (2025), estos entornos estresantes pueden generar en estudiantes y docentes respuestas de defensa que impiden el aprendizaje en equipo. La falta de espacios específicos para actividades socioemocionales, como círculos restaurativos, impide trabajar en habilidades como la autorregulación o la resolución pacífica de conflictos. Esto refuerza en general dinámicas excluyentes, especialmente en lugares con muchas diferencias culturales o socioeconómicas, donde la infraestructura pobre suele coincidir con mayores necesidades emocionales. Aunque metodologías innovadoras, como el Diseño Universal para el Aprendizaje (DUA), ofrecen muchas ventajas, necesitan de espacios adecuados y recursos tecnológicos para funcionar bien, algo que muchas escuelas aún no tienen por falta de financiamiento.

La combinación de resistencia al cambio en los docentes, padres de familia y problemas en las instalaciones crea un ciclo negativo que profundiza las desigualdades. En las escuelas más marginadas, los maestros tienden a repetir prácticas que no consideran las emociones ni las necesidades específicas de los estudiantes vulnerables, reproduciendo ciertas desigualdades. Promover modelos como el DUA requiere políticas públicas que apoyen tanto la formación en inteligencia emocional como la mejora de la infraestructura escolar, como propone la UNESCO (2023) en sus guías para aulas más inclusivas.





3. CONCLUSIONES

Transformar la diversidad en oportunidad exige superar la dicotomía entre rendimiento académico y desarrollo emocional. Como demuestran las experiencias del PIECE y el DUA, solo una gestión educativa holística respaldada por evidencia neurocientífica y compromiso político, puede construir aulas donde la diferencia sea motor de innovación y justicia social. La administración educativa puede transformar la diversidad en un motor de innovación pedagógica mediante políticas que combinen inteligencia emocional, participación comunitaria y enfoques interculturales. Programas como el PIECE o la Política Nacional para la convivencia escolar en Ecuador son modelos replicables, pero requieren voluntad política y financiamiento sostenido para escalar su impacto.

A pesar de los avances teóricos y las políticas públicas implementadas, en la práctica educativa aún existen desafíos considerables para lograr una convivencia armónica en contextos multiculturales. La experiencia en aulas que han adoptado metodologías como el PIECE demuestra que la capacitación en inteligencia emocional y la activación de espacios participativos generan cambios positivos, pero estos requieren de un seguimiento constante y de recursos adecuados. Estudios recientes evidencian que el simple desarrollo de talleres no basta si no se acompañan de una cultura institucional que valore y promueva la empatía y el respeto.

Asimismo, la interacción entre docentes, estudiantes y familias debe potenciarse mediante estrategias concretas como las asambleas de convivencia, mediaciones interculturales y el uso de tecnologías que faciliten la comunicación y el aprendizaje emocional. De esta forma, se fortalece la creación de un clima escolar inclusivo y resiliente, capaz de responder a las diversidades culturales y emocionales de los estudiantes. Sin embargo, aún persisten carencias estructurales y formativas que limitan el alcance de estas acciones, y que deben abordarse desde una política educativa integral que dé soporte a los docentes en su labor diaria.

La educación emocional emerge en la actualidad como un pilar fundamental para enfrentar los retos que se presentan en el ámbito escolar, particularmente en contextos de alta diversidad cultural. A lo largo de este ensayo, hemos explorado cómo la integración de habilidades socioemocionales no solo enriquece el proceso educativo, sino que también se traduce en ambientes más inclusivos, donde el respeto por la diversidad se convierte en una norma arraigada. La enseñanza tradicional, que a menudo prioriza el rendimiento académico por encima del desarrollo emocional de los estudiantes, se ha mostrado insuficiente para abordar de manera efectiva las complejidades de la convivencia escolar en sociedades cada vez más multiculturales.

Un aspecto central resaltado en este análisis ha sido la necesidad de un cambio paradigmático en la formación docente. La incorporación de la inteligencia emocional en la capacitación de educadores no es solo deseable, sino esencial. Los docentes que desarrollan competencias emocionales, tales como la autorregulación, la empatía y la capacidad de fomentar la cohesión grupal, están mejor preparados para modelar conductas prosociales y gestionar conflictos en el aula. Esto se traduce en un clima escolar más positivo, donde los alumnos se sienten seguros y valorados, lo que favorece su rendimiento académico y su bienestar integral.





Además, se ha evidenciado que programas como el PIECE han demostrado ser efectivos al promover habilidades sociales que facilitan la convivencia armónica. Estos programas no solo benefician a los estudiantes, sino que también involucran a las familias y comunidades, destacando la importancia de la corresponsabilidad en la educación emocional. La colaboración entre padres, educadores y líderes comunitarios es vital para crear un entorno que apoye el desarrollo emocional y académico de todos los estudiantes. La implementación de estrategias que incorporen la voz y la participación de la comunidad se presenta como una práctica replicable y efectiva para mejorar la inclusión y la convivencia.

Por el contrario, los avances en la teoría y práctica de la educación emocional deben ser acompañados de un compromiso político real y sostenido. La falta de recursos, la resistencia cultural y la ausencia de políticas prioritarias en salud mental para docentes son obstáculos que deben ser superados si se quiere garantizar el éxito de las iniciativas de educación emocional. Para que la transformación educativa sea significativa, es crucial que las instituciones educativas cuenten con el respaldo necesario para llevar a cabo programas de capacitación continua, así como la implementación de políticas que valoren y promuevan la salud mental docente. Esto no solo beneficiará a los educadores, sino que también impactará directamente en la calidad educativa y en la experiencia de los estudiantes en las aulas.

Adicionalmente, esta investigación ha puesto de manifiesto que la educación emocional no es una mera estrategia pedagógica, sino un compromiso ético hacia la construcción de un futuro más inclusivo y equitativo. Reconocer la importancia de cultivar emociones saludables, desarrollar habilidades de comunicación efectiva y promover el entendimiento multicultural son acciones que impactan no solo el ámbito escolar, sino también la sociedad en su conjunto. En un mundo donde la diversidad se celebra y se vive, es imprescindible que las escuelas funcionen como microcosmos de convivencia y respeto, capacitando a los estudiantes para ser ciudadanos empáticos y responsables.

En conclusión, para que la educación emocional cumpla con su potencial transformador, es fundamental que se adopten enfoques holísticos que integren la teoría con la práctica. La atención a la diversidad debe ser vista como una oportunidad de innovación pedagógica y no como un desafío que limita el aprendizaje. Solo a través de la voluntad política, la formación adecuada de docentes y el implicar a la comunidad en el proceso educativo, se podrá asegurar que todos los estudiantes, independientemente de sus antecedentes culturales o socioemocionales, tengan acceso a una educación que les permita desenvolverse en un mundo complejo. La construcción de aulas inclusivas, donde la diferencia es entendida como una fortaleza, es una meta que debe ser priorizada en la agenda educativa para avanzar hacia una sociedad más justa y equitativa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Armstrong, S., & Sandoval, E.. (2023). Inteligencia emocional y competencias para la atención a la diversidad en docentes chilenos durante la pandemia. *Revista de Ciencias Humanísticas y Sociales (ReHuSo)*, 8(2), 17-40.
<https://doi.org/10.33936/rehuso.v8i2.5751>





- Bisquerra Alzina, R., (2005). La educación emocional en la formación del profesorado. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 19(3), 95-114. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27411927006>
- Bracho Pérez, K. J. (2021). Modelo Holístico de Gestión Pedagógica para la Formación Integral (ZC). Experiencia Inclusiva. *Revista Educación Inclusiva*, 14(3). <https://revistaeducacioninclusiva.es/index.php/REI/article/view/698>
- Brackett, M. A., Reyes, M. R., & Rivers, S. E. (2012). Enhancing academic performance and social competence with the RULER feeling words curriculum. *Learning and Individual Differences*, 22(2), 218–224. <https://doi.org/10.1016/j.lindif.2010.10.002>
- Cacñahuaray, Richard y Matalinares, María. (2025): *Relación entre la inteligencia emocional y la convivencia escolar en estudiantes de educación primaria: un estudio a través de los inventarios BarOn Ice y ECE*. [Relación entre la inteligencia emocional y la convivencia escolar en estudiantes de educación primaria: un estudio a través de los inventarios BarOn Ice y ECE](#)
- Flores, S. B. (2024). *Talleres psicoeducativos para familias: Corresponsabilidad en el desarrollo emocional* [Tesis de maestría, Universidad Estatal Península de Santa Elena]. Repositorio UPSE. <https://repositorio.upse.edu.ec/bitstream/46000/11335/1/UPSE-MEI-2024-0016.pdf>
- Ministerio de Educación de Chile. (2021). *Plan Nacional de Convivencia Escolar 2021-2025*. <https://convivenciaparaciudadania.mineduc.cl/plan-nacional-convivencia-escolar-y-aprendizaje-socioemocional>
- Ministerio de Educación de Ecuador. (2020). *Enfoque socioemocional en el currículo nacional*. https://educacion.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2020/09/Seccion-5_Socioemocional.pdf
- Ministerio de Educación de Ecuador. (2024). *Enfoque socioemocional en el currículo nacional*. <https://educacion.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2024/09/insercion-curricular-educacion-socioemocional.pdf>
- Moral Cabrero, E., Huete García, A. y Díez Villoria, E. (2020). ¿Soy lo que ves? Microagresiones capacitistas y visibilidad de la discapacidad. *Revista Española de Discapacidad*, 8(2), 7-31. <https://doi.org/10.5569/2340-5104.08.02.01>
- PIECE. (2008). Programa de Inteligencia Emocional para la Convivencia Escolar: Manual de implementación.
- Salazar, M. (2023). *La participación estudiantil en la convivencia escolar en estudiantes de primero de secundaria de una institución educativa pública de Ica*. RCLIMATOL. https://rclimatol.eu/wp-content/uploads/2024/02/Articulo-RCLIMCS24_0136-Marco-Salazar.pdf





- UNESCO. (2023). Directrices para aulas inclusivas: Integración de la inteligencia emocional en políticas educativas. <https://unesdoc.unesco.org>
- Valdespino, J. y Montenegro, H.. (2020). *El Aprendizaje Social y Emocional: Una Presentación en Español*. <https://casel.org/events/el-aprendizaje-social-y-emocional-una-presentacion-en-espanol/>
- Vílchez-Arias, A., Villalobos-Cuya, L., Vega-Vilca, C., & Vílchez-Arias, R. (2023). Importancia de las emociones en el aprendizaje virtual. *Horizontes Revista de Investigación en Ciencias de la Educación*, 7(27), 175-185. Epub 09 de enero de 2023. <https://doi.org/10.33996/revistahorizontes.v7i27.505>
- Villaescusa, M. I. (2022). La accesibilidad, una clave para la inclusión educativa. *Journal of Neuroeducation*, 3(1), 90–98. <https://doi.org/10.1344/joned.v3i1.39660>

